

La realidad que nos interpela

Vivimos un tiempo sombrío. A comienzos de septiembre de 2025, el mundo y nuestra propia nación se sienten atrapados en una espiral de crisis que nos interpelan profundamente. Como colectivo de **Cristianos de Base**, no podemos ni debemos permanecer impasibles ante esta realidad. Es nuestra obligación, como seguidores de Jesús de Nazaret, ser la voz que denuncie las injusticias y la mano que actúe para construir un mundo más justo.

Un mundo en tinieblas: de guerras a la injusticia económica

La geopolítica actual presenta un panorama desolador. Las guerras en Ucrania y Gaza siguen cobrándose un precio altísimo en vidas humanas, mostrando la brutalidad del conflicto y el fracaso de la diplomacia. A nivel global, la agresiva política de la potencia imperialista liderada por Trump promueve una guerra económica que ahoga a los países más vulnerables y un rearme militar que desvía recursos esenciales que deberían destinarse a resolver problemas sociales urgentes. Mientras unos pocos se enriquecen con el comercio de armas, millones de personas sufren las consecuencias de la pobreza y la falta de servicios básicos.

En nuestra propia tierra, el fuego devora el campo. Los incendios forestales que asolan España no son un accidente, sino el resultado de políticas nefastas. La despoblación rural y el abandono del campo, sumados a una política que privilegia la reducción de impuestos sobre el cuidado de los servicios sociales, nos han hecho vulnerables. Este desprecio por lo público y por la vida en el campo no sólo destruye la naturaleza, sino que también desvela la profunda desigualdad de nuestra sociedad.

El inquietante telón de fondo de este escenario de crisis global es el auge de la extrema derecha, tanto a nivel nacional como internacional. Sus discursos de odio y exclusión dividen a las comunidades y amenazan los derechos y libertades que tanto costó conseguir. La base de esta ideología se cimienta en la xenofobia y la aporofobia.

La xenofobia, el miedo u hostilidad hacia el extranjero, se manifiesta en narrativas que demonizan a los inmigrantes y refugiados. Se les acusa de ser la causa de todos los males sociales: la inseguridad, el desempleo y el deterioro de los servicios públicos. Se fomenta así un rechazo a la diversidad cultural y un nacionalismo excluyente, que ve en el "otro" una amenaza a la identidad y la cohesión nacional. Se construyen muros, se endurecen las políticas migratorias y se niega la ayuda humanitaria, todo ello bajo el pretexto de "proteger" a la población local.

Paralelamente, la aporofobia, o el rechazo al pobre, se convierte en un pilar fundamental de su discurso. Esta política no solo desprecia al inmigrante, sino también a las personas sin recursos, independientemente de su origen. Se les considera una carga social y se les culpa de su propia situación, ignorando las causas estructurales de la pobreza y la desigualdad. Esta aversión al pobre justifica la reducción de las ayudas sociales y la privatización de servicios esenciales, argumentando que el Estado no debe "mantener a los que no trabajan".

Así, esta política de extrema derecha, basada en la xenofobia y la aporofobia, crea una sociedad fracturada y sin empatía. En lugar de abordar las causas reales de los problemas—como las guerras, el cambio climático o la injusticia económica—, estos movimientos señalan a los más vulnerables como chivos expiatorios. El resultado es un retroceso en los valores de solidaridad y humanidad, erosionando la cohesión social y amenazando los cimientos de una sociedad justa e inclusiva.

La Iglesia y nuestra misión

Ante esta crisis, la respuesta de la Iglesia resulta, en muchos casos, lamentable. Observamos con preocupación cómo el tradicional clero conservador, lejos de abrazar el mensaje liberador de Jesús, se alinea con las élites y las clases dominantes. Esta traición al Evangelio convierte a la Iglesia en una institución pasiva, sin horizontes de reforma, incapaz de ofrecer una respuesta significativa a los problemas que atormentan a la humanidad.

La desviación del verdadero mensaje de Jesús

Este sector clerical conservador promueve una forma de fe centrada en la devoción cultural y litúrgica. Se enfatiza la observancia de ritos, la veneración de imágenes y la participación en ceremonias, elementos que se utilizan para desviar la atención del verdadero seguimiento de Jesús. Se busca alejar a los fieles de la esencia de su mensaje: una acción comprometida con la justicia social, el cuidado de los marginados y la denuncia de las estructuras de opresión.

Jesús de Nazaret, por el contrario, no fue un líder pasivo. Su vida fue una constante confrontación con el poder establecido, con el mercado y el dinero, y con las formas de propiedad que sustentaban ese sistema. Expulsó a los mercaderes del Templo, denunció la riqueza como un obstáculo para la entrada al Reino de Dios y compartió sus bienes con los más necesitados. En este sentido, la propuesta de Jesús es radicalmente opuesta a un sistema económico que genera desigualdad y explota a los más débiles.

La traición a la esencia del Evangelio

La traición del clero conservador consiste precisamente en esto: en reemplazar la esencia profética y liberadora de Jesús por una fe cómoda y descomprometida. Se predica una resignación pasiva ante las injusticias, en lugar de un compromiso activo para transformar el mundo. Al hacerlo, se convierte a la Iglesia en un baluarte de la tradición y el orden establecido, en lugar de ser un motor de cambio.

En lugar de desafiar las estructuras de poder que perpetúan la pobreza y la desigualdad, ese sector eclesial se alía con ellas. Esta pasividad se convierte en complicidad, y la Iglesia, en lugar de ser un refugio para los oprimidos, se transforma en un espejo de las clases dominantes, olvidando que el Evangelio es, en su núcleo, un llamado a la liberación de los cautivos, la justicia para los oprimidos y la subversión de los poderes de este mundo. Pero la fe en Jesús de Nazaret no es para la pasividad, sino para la acción. Inspirados por la **Teología de la Liberación**, creemos que el mensaje de Jesús es, en esencia, subversivo y revolucionario. Él se puso del lado de los pobres y los oprimidos, desafiando a los poderosos de su tiempo. Nos enseñó que el Reino de Dios no es una promesa lejana, sino un proyecto a construir aquí y ahora, a través de la justicia, la solidaridad y el amor.

La llamada a la acción: ser sal de la tierra y luz del mundo

Nuestro colectivo, y todos los que se sientan interpelados por esta realidad, debemos asumir nuestra responsabilidad. Estamos llamados a ser luz del mundo y sal de la tierra. Ser sal significa darle sabor y sentido a una sociedad que se ha vuelto insípida por la indiferencia. Significa actuar en el mundo, denunciando la injusticia y promoviendo la igualdad. Ser luz es iluminar los caminos de la esperanza donde sólo parece haber oscuridad, mostrando que otro mundo es posible.

No podemos ser cómplices de la pasividad ni del silencio. Nuestra fe nos exige tomar partido, como lo hizo Jesús. Por eso, debemos dirigirnos a todos los cristianos y a todas las personas de buena voluntad a unirse a este camino de transformación. Difundir nuestro mensaje, organizar la acción social y trabajar incansablemente por los derechos de los más vulnerables no es una opción, sino una necesidad imperante.

Es hora de dejar de ser una Iglesia sin horizontes. Es hora de actuar. Es hora de encender la luz. El seguimiento de Jesús es un acto de liberación, y en estos tiempos oscuros, es la única respuesta que tiene sentido.



Jamil Chade, periodista brasileiro e internacional, expresó muy bien el proyecto de geopolítica de Trump: “Él ha dejado claro que no va a hacer diplomacia. Actuará con la **fuerza**, tanto bélica como económica y comercial. Su construcción de un nuevo orden no pasa por la **paz**, sino por la **capitulación** del adversario”. Los acuerdos arancelarios con casi todos los países son más imposiciones suyas que el fruto de una negociación. Eso se llama capitulación. Es mérito del gobierno brasileiro, reconocido por grandes nombres de la economía y de la política mundiales, no curvarse sino rechazar soberanamente la imposición del 50% sobre nuestros productos, por razones injustificables. Trump es militarista e imperialista.

Es necesario por tanto buscar las causas escondidas detrás de ese imperialismo y de la negación de la diplomacia así como amenazar con guerra y capitulación. Es su voluntad de dominación, según el mantra: “un mundo-un solo imperio” (el de USA). Hay que reconocer que hay un gran conflicto de intereses geopolíticos, étnicos, económicos y la existencia de profundas desigualdades especialmente en el Sur global frente al Norte global, que pueden amenazar al imperio establecido.

Es preciso identificar estas conexiones ocultas como condición para entender la geopolítica de Trump y también para coseguir una paz verdadera y duradera. La respuesta no es otra guerra, sino una *paz desarmada y que desarma* según el Papa actual. Esta paz desarmada utiliza medios políticos, diplomáticos, las articulaciones con otros gobiernos que también quieren la paz, los movimientos sociales, la movilización de las religiones e iglesias y la implicación con grupos con prácticas alternativas.

Chico Mendes en la Amazonia era un adepto de este tipo de paz desarmada. Movilizaba a los pueblos de la selva, los seringueiros e indígenas para hacer frente a los puestos avanzados de deforestación, organizando los famosos “empates”, reuniones de todo tipo de personas (niños, mujeres, personas mayores y trabajadores con sus herramientas de trabajo) que se colocaban delante de los tractores que iban a derribar la selva.

Ese tipo de paz que se enfrenta a la violencia es simultáneamente una geopolítica, con su estrategia y táctica, y también un espíritu de paz profunda que renuncia al recurso de la

violencia como forma de resolver conflictos y de lidiar con ellos, procurando que sean lo menos destructivos posibles. Así es anti- imperialista y excluye la guerra como medio de crear un nuevo orden entre las naciones, como quiere Trump. La guerra es perversa porque destruye vidas, especialmente inocentes, como sigue sucediendo en la Franja de Gaza. Ella se opone frontalmente al mandamiento transcultural: “no matarás”.

La paz armada no tiene como objetivo la paz, sino una pacificación impuesta por Trump. Presupone que la realidad es una arena donde se libran permanentemente conflictos y guerras. La convivencia entre las personas, las comunidades y los pueblos es posible pero está amenazada por rupturas permanentes. Los estados-naciones y los países centrales que hegemonizan el curso de la historia son campos de lucha por el poder para ver quién es el más fuerte con una eventual “destrucción mutua asegurada”.

El gran jurista y politólogo Carl Schmitt (1888-1986) en su *O conceito do político*, (Vozes, 2003) sustenta la tesis de que la identidad de un pueblo se define y se reafirma en la medida en que es capaz de identificar a un enemigo y darle combate permanente, en forma de prejuicio, de difamación y de satanización del otro. No sin razón fue el ideólogo de Adolf Hitler. Carl von Clausewitz (1780-1831: *Da guerra*, 1976) da centralidad a la guerra como fuerza conductora de la historia y ve la política como la guerra llevada a cabo por otros medios.

Tales visiones de violencia produjeron primeramente el asesinato administrativo practicado por el colonialismo europeo en África, en América Latina y en Asia, acabando en pocos años con millones de indígenas, como fue el caso de México y del Caribe en el siglo XVI.

Con la guerra total, inaugurada por Hitler en la Segunda Guerra Mundial, vino acoplada a la “fabricación sistemática de cadáveres en los campos campos de exterminio nazi” (Hannah Arendt). Estas “fábricas de exterminio” no obedecían a ninguna necesidad militar. En ellas imperaba la ejecución banal, burocrática y técnica de la muerte sin ningún escrúpulo ni sentimiento moral. Era la pura expresión del racismo y del odio. Solamente en el siglo XX murieron 200 millones de personas en las muchas guerras que ha habido. Esto representa un alto nivel de barbarie y la negación de todo principio civilizatorio.

Ahora en los últimos años han surgido las armas de destrucción masiva, especialmente las que usan la Inteligencia Artificial General con sus miles de millones de algoritmos, capaces de poner fin a la especie humana y a gran parte de la biosfera.

Esta modalidad de guerra ha alterado profundamente la percepción que el ser humano tiene de sí mismo. Él puede acabar consigo mismo. Su fin no resulta de un cataclismo natural ni por voluntad divina, sino por la propia decisión humana o por delegación a la IA autónoma, cuyas decisiones escapan al control humano. Después de habernos apropiado del alfabeto genético de la vida, el ser humano acaba de apropiarse de su propia muerte.

Tal hecho adquiere dimensiones metafísicas que hacen pensar en quién es el ser humano y cuál es su lugar en el universo. Él fue el último de los seres mayores en entrar en el proceso evolutivo: ¿no será que fue para poner fin a este proceso, convirtiéndose en el gran asesino de nuestro sistema solar y afectando a todo el proceso cosmogénico?

Tales constataciones de alta perversidad están en la cabeza de Trump. Se ha comprobado que los Estados Unidos desde su fundación han estado siempre involucrados en alguna guerra, solo han tenido 17 años de paz.

No por eso dejamos de confiar en el ser humano, capaz de crear relaciones pacíficas y así dar espacio a la paz desarmada y no a la guerra.

Los rigoristas hasta se atreven a cuestionar el Concilio en su intento de ideologizar el Evangelio



26.08.2025 *José Manuel Vidal*

Los vientos de la ultraderecha rigorista vuelven a arreciar en la Iglesia católica. **Tras la desaparición de lo que consideraban un “dique de contención”—el Papa Francisco—estos sectores tradicionalistas y ultras, crecidos y desinhibidos, han lanzado una ofensiva abierta para domesticar la religión y ponerla al servicio de su causa.** Por eso, proliferan artículos e informaciones de sus teólogos de cabecera contra el Vaticano II en sus medios afines.

Su primer objetivo: ideologizar la fe e institucionalizar una agenda política bajo apariencia de ortodoxia católica. El segundo: **el intento inédito de desprestigiar y minusvalorar incluso el Concilio Vaticano II**, ese gran evento eclesial que logró abrir las ventanas de la Iglesia, ponerla al día y hacerla dialogar con el mundo y la modernidad.

¿A qué juegan y qué buscan los adalides de esta apropiación?

Ante todo, quieren una Iglesia fuerte como máquina de identidad y combate cultural. No les interesa el Evangelio como camino de misericordia, fraternidad y acogida, sino como bandera para el enfrentamiento civilizatorio, parapetados en la defensa de una “cristiandad” cerrada y excluyente. Les incomoda la Iglesia en salida que se abre, que escucha, que dialoga y acoge al diferente, al inmigrante, al pobre y al vulnerable.

Frente a la paz desarmada y desarmante de León XIV, o la insurgencia profética de Francisco, proponen la ortodoxia del miedo, el repliegue de la Iglesia sobre sí misma, la “pureza” doctrinal instrumentalizada para sus propios fines políticos.

Para estos sectores (a los que Francisco bautizó de ‘rigoristas’), la fe es un instrumento estratégico, no un encuentro con el Dios vivo. **Despojan al catolicismo de su raíz evangélica para convertirlo en plataforma de identidad y escudo político.** Así construyen alianzas internacionales y campañas financieras, difunden bulos y sueñan con transformar la Iglesia en una fortaleza ideológica, olvidando la universalidad y la compasión del Concilio y del Evangelio.

Una vuelta atrás, a la Iglesia de antes del Concilio, atada al poder y casada con el sistema. O peor aún, la conversión de la Iglesia en una secta, que hace pasar la obediencia ciega por ‘voluntad de Dios’ y anula la libertad y el primado de la conciencia.

Tácticas de la ultraderecha eclesiástica

La ultraderecha eclesiástica emplea tácticas precisas para avanzar en su proyecto:

1. Reescritura de la narrativa eclesial: Presentan el Concilio Vaticano II como una ruptura con la tradición, acusándolo de diluir la identidad católica. Ignoran que el Concilio no fue una revolución, sino una renovación en continuidad con la Tradición, y lo caricaturizan como la fuente de todos los males de la Iglesia moderna.

Oponen la llamada “hermenéutica de la continuidad” (de Benedicto XVI) a la “hermenéutica de la ruptura”, pero reinterpretan el concilio de forma restrictiva, negando o relativizando cualquier desarrollo teológico, pastoral o litúrgico que no encaje en su visión preconiliar. Promueven la misa tridentina como baluarte identitario y rechazan, por ejemplo, la participación laical o el protagonismo de la conciencia.

2. Control de espacios de poder: Buscan influir en seminarios, universidades católicas y medios de comunicación eclesiales para formar clérigos y fieles en su visión rigorista. Desde estos espacios, difunden una teología que exalta la autoridad y minimiza la colegialidad y el papel del laicado.

3. Uso de las redes sociales y medios afines: Aprovechan plataformas digitales y medios ultraconservadores para amplificar su mensaje, atacar a quienes defienden el espíritu del Concilio y generar polarización. Su retórica, cargada de emocionalidad, apela al miedo y a la nostalgia.

4. Ataques al Papa y al magisterio reciente: Cuestionaban abiertamente al Papa Francisco y hacen lo mismo un poco más sutilmente con la autoridad del Papa León XIV, presentándolo como un continuador “débil” de Francisco, mientras ensalzan figuras históricas que encajan con su visión, como Pío XII o Juan Pablo II (selectivamente interpretado).

5. Reivindicación de la liturgia tradicional: Promueven la Misa en latín y el rito tridentino como un símbolo de resistencia frente a la “mundanización” de la Iglesia, utilizando la liturgia como bandera ideológica.

¿Qué gana la ultraderecha al apropiarse del lenguaje religioso?

La ultraderecha eclesiástica obtiene numerosas ventajas al apropiarse del lenguaje religioso dentro y fuera de la Iglesia:

1. Legitimidad moral y autoridad social

Al invertir palabras, símbolos y argumentos religiosos —tradición, familia, cruzada, pureza, “cristiandad”, etc.— la ultraderecha se reviste de una autoridad moral difícil de cuestionar dentro de comunidades profundamente católicas. Presentar sus posiciones como “la verdadera fe” otorga peso y legitimidad, desautorizando como herejía cualquier postura diferente. Por eso acusan de herejía a cualquiera que opine de forma diferente y reparten carnets de catolicidad.

2. Movilización e identidad grupal

El lenguaje religioso refuerza un sentido de pertenencia y misión, establece fronteras nítidas (“nosotros los fieles, ellos los infieles o tibios o herejes”) y moviliza afectos colectivos mediante la apelación a lo sagrado, la patria y el sacrificio. Así convierten su causa política en “batalla espiritual” y llaman a la movilización como un deber religioso y no solo ciudadano.

3. Control del relato y silenciamiento de críticos

Al apropiarse del vocabulario católico, la ultraderecha puede etiquetar como “progresista”, “relativista” o “enemigo de la fe” a quienes se les oponen, deslegitimando cualquier crítica bajo la sospecha de heterodoxia o traición al Evangelio. Controlan el acceso y la interpretación legítima del discurso católico, erigiéndose en martillo de herejes y catalogando como tales a voces distintas o minoritarias. Lo hacen a diario desde Infovaticana e Infocatólica.

4. Influencia política y alianzas estratégicas

El lenguaje religioso, una vez instrumentalizado, se convierte en un puente hacia ámbitos políticos: permite a la ultraderecha articular su ideología como defensa de valores “no negociables”, captar votos en entornos conservadores e influir en la agenda pública (leyes sobre inmigración, familia, educación) con el argumento moralista de fondo.

5. Reducción de la complejidad y polarización

Hablar desde la religión en términos absolutos y apocalípticos simplifica el debate y polariza: divide el mundo entre “buenos” y “malos”, ahorra matices éticos o pastorales y crea una narrativa de “cristiandad amenazada” que moviliza emocionalmente y cierra el paso a una autocrítica genuina o a cualquier diálogo verdadero.

En definitiva, la ultraderecha gana poder simbólico, capacidad de movilización, control del relato y capacidad de influencia política al apropiarse del lenguaje religioso, pero al precio de manipular el mensaje evangélico y reducir la riqueza de la fe a herramienta de identidad y combate, en detrimento de su universalidad, misericordia y apertura al diálogo.

Qué puede -y debe- hacer la Iglesia y el Papa León XIV para frenar esta ofensiva de desnaturalización del catolicismo?

Primero, dejar claro—sin ambigüedades—que la fe no se deja instrumentalizar, que la Iglesia no es ni será apéndice de ningún partido ni laboratorio de ideologías. **Urge reafirmar la centralidad del Vaticano II, su irreversibilidad, y redoblar la apuesta evangélica de apertura, diálogo, misericordia y defensa de los descartados.**

León XIV, con su estilo sobrio y equilibrado, tiene la tarea de custodiar el legado conciliar frente a las tentaciones restauracionistas, y recordar que lo genuinamente católico no es el retorno a las trincheras, sino la universalidad, la escucha y la caridad desarmada. Deberá fortalecer los espacios de diálogo, los procesos sinodales y la corresponsabilidad eclesial para que la primavera conciliar siga floreciendo, plantando cara al clericalismo y a la tentación de una Iglesia autorreferencial.

Porque si la fe se privatiza para convertirse en ideología y bandera de exclusión, deja de ser Buena Noticia y renuncia a su misión profética. El Espíritu, como en tiempos de Juan XXIII y de Francisco, siempre sopla donde quiere, y no se deja domesticar ni por el miedo ni por la nostalgia. **Es hora de defender la libertad, la universalidad y la compasión que hicieron del Vaticano II la mayor esperanza de la Iglesia contemporánea.**

Más en concreto, frente a este intento rigorista de desnaturalizar la fe, la Iglesia y el Papa León XIV tienen ante sí un desafío mayúsculo: defender el espíritu del Concilio y mantener viva la primavera eclesial que Francisco consolidó. Algunas estrategias para frenar este asalto podrían incluir:

- 1. Fortalecer la sinodalidad:** La colegialidad y la participación de los laicos, promovidas por el Concilio, son antídotos contra el autoritarismo. León XIV debe impulsar procesos sinodales que den voz a las periferias y refuercen la comunión eclesial.
- 2. Renovar la formación teológica:** Es crucial formar sacerdotes y laicos en una teología fiel al Concilio, que combine la profundidad doctrinal con la apertura al mundo. Esto implica recuperar el estudio de los documentos conciliares en seminarios y universidades.
- 3. Comunicar con audacia:** La Iglesia debe contrarrestar la narrativa ultraconservadora con un mensaje claro y esperanzador, utilizando los medios digitales para llegar a los fieles y desmontar las falsedades sobre el Concilio.
- 4. Promover el diálogo:** León XIV puede continuar el legado de Francisco dialogando con las sensibilidades tradicionalistas, pero sin ceder en los principios conciliares. Esto implica escuchar sus preocupaciones, pero reafirmando la autoridad del magisterio.
- 5. Defender la centralidad del Evangelio:** La fe no puede ser reducida a una ideología. El Papa debe insistir en que el corazón de la Iglesia es Cristo, no una agenda política, y que la misericordia y la justicia social son inseparables del mensaje cristiano.

Un desafío de presente y de futuro

La ultraderecha eclesiástica, con su intento de domesticar la fe, no sólo amenaza el legado del Concilio Vaticano II, sino la esencia misma del Evangelio. Su proyecto, lejos de fortalecer a la Iglesia, la encorseta en una visión excluyente que aleja a los fieles y contradice la universalidad del mensaje cristiano.

El Papa León XIV, como pastor de una Iglesia en camino, tiene la tarea de mantener viva la llama de la primavera conciliar, recordando que la fe no es un bastión para defender privilegios, sino un don para compartir con el mundo.

La Iglesia, fiel a su misión, debe seguir siendo faro de esperanza, no fortaleza de exclusión. Porque, como decía Juan XXIII, “no somos guardianes de un museo, sino jardineros de un vergel”.



CRISTIANISMO INDIGNADO

Juan José Tamayo



El **Movimiento de los Indignados**, nacido en la emblemática Puerta del Sol de Madrid el 15 de mayo de 2011 y muy pronto extendido por todo el mundo, fue un fenómeno que cambió las preguntas a los diferentes poderes políticos, económicos, incapaces de proponer alternativas para resolver la crisis provocada por el mundo de las finanzas tres años antes, que, como todas las crisis, la pagaron los sectores más vulnerabilizados. También cambió las preguntas a las religiones y a no pocos teólogos cristianos acostumbrados a ofrecer respuestas del pasado a problemas del presente.

A las nuevas preguntas planteadas por aquel movimiento hace catorce años **pretende responder un cristianismo radical que reformula la figura de Jesús de Nazaret** dándole un nuevo título que creo responde mejor a la vida, mensaje y práctica de Jesús el Galileo que otros títulos que se le han aplicado hasta negar su humanidad: Indignado.

La indignación y la resistencia de Jesús fueron las prácticas revolucionarias durante su actividad pública, tanto en el terreno religioso como en el político, ambos inseparables en una teocracia, el criterio ético que guió su vida y la clave hermenéutica que explica su trágico final. **Vamos a verlo a continuación en seis escenarios de su vida** y de su actividad pública, que constituyen el referente para el cristianismo actual en las nuevas coordenadas históricas.

Indignado con la religión oficial

Los evangelios oponen dos interpretaciones de la religión. Una es la **legalista**, que se traduce en estricto cumplimiento de la letra de la ley sin atender al espíritu y desemboca en **ortodoxia**. Otra es la **humanista**, que busca la **liberación** de las esclavitudes a las que los poderes someten a los seres humanos. Lo que está en juego en ambas interpretaciones es el lugar y la función de la religión en la sociedad y la actitud ante la ley.

La actitud de Jesús fue de indignación con la religión oficial y sus intérpretes, que anteponían el cumplimiento de la ley al derecho a la vida e incitaban a la venganza en vez de llamar al perdón. Cuando estaba en juego la vida, la libertad y la salud de las personas, infringió las leyes judías del ayuno y del sábado y justificó que sus discípulos las incumplieran.

Comió con pecadores y publicanos y ante el escándalo de los bien-pensantes de aquella sociedad por tan heterodoxo comportamiento, les explicó su gesto. La comida con gente descreída y excluida era el ejemplo visible de la presencia de Dios entre los marginados, la prueba de que la salvación no llegaba a quienes se creían justos, sino a los que transgredían la ley. Mayor escándalo e indignación todavía provocó al afirmar que las prostitutas precederían a los escribas y fariseos en el Reino de los cielos. **Colocó en el centro del nuevo movimiento igualitario la práctica de las Bienaventuranzas**, carta magna de la nueva sociedad.

Osó corregir la ley mosaica, eliminando su lado violento y vengativo (Mt 5,38) y poniendo en el centro la práctica del bien y del amor a todas las personas. **Se opuso a la venganza y abogó por el perdón y la reconciliación**. Rechazó el odio a los enemigos y llamó al amor.

Uno de los pilares en que se sustentaba la religión de Israel era el código de pureza, que Jesús transgrede y considera **una trampa para no cumplir con los más elementales deberes humanos** como la atención y el sustento a los padres (Mc 7,10-12). En el planteamiento moral de Jesús hay un desplazamiento del concepto y de la práctica de la santidad: de la pureza legal a la ética de la proximidad, ejemplificada en el Buen Samaritano y en su moraleja: "vete y haz tú lo mismo".

Indignado con las autoridades religiosas

Las autoridades religiosas vivían una escisión entre la realidad y la apariencia. Su **actitud** no podía ser más **hipócrita**: decían y no hacían, absolutizaban la Torá e imponían al pueblo cargas legales que ellos mismos no cumplían. Daban constantemente muestras de ostentación y buscaban el reconocimiento de la gente a través de gestos altivos. Les encantaba pasearse con amplios ropajes y ser reverenciados en las plazas. Les gustaba ocupar los primeros puestos en los banquetes y en la sinagoga.

Jesús les acusa de una profunda ruptura entre interior y exterior, labios y corazón, culto y justicia. Lo pone de manifiesto Jesús citando al profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que dan es inútil, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos” (Is 29,13). Amén de la referida ruptura, se subraya la sustitución de la palabra de Dios, que humaniza, por las tradiciones humanas, que oprimen la conciencia. Un ejemplo de tal suplantación es ofrecer al templo como donativo lo que debería darse al padre y a la madre para su sustento.

La actitud hipócrita de las autoridades religiosas es una clara discrepancia entre lo establecido por la ley y su actuación. **Las acusa de corrupción**: “devoran las casas de las viudas” (Mt 12,40). Tal comportamiento resultaba inmoral. Pero hay más: se establece una estrecha relación entre el expolio a las viudas y el cumplimiento de la práctica religiosa. Los largos rezos sirven de “pretexto” para extorsionar económicamente a las viudas.

Les echa en cara su dureza de corazón, provocada por el legalismo, que torna a las personas insensibles al sufrimiento ajeno, impide el amor a las personas necesitadas y dificulta la solidaridad. La autosuficiencia es otra de las críticas que Jesús dirige a los guías religiosos de Israel. La parábola del fariseo y del publicano retrata perfectamente su autosuficiencia, que desemboca en elitismo (Lc 18,9-14).

Pero quizá la mayor crítica que Jesús les dirige es la **falta de autoridad doctrinal y moral** de la que presumían y la falsedad de su magisterio. Más aún, las desacredita y desautoriza. No le merecen el menor respeto.

Indignado con el poder económico

La **acumulación de bienes** fue uno de los motivos más importantes de la indignación de Jesús, convencido como estaba de la **incompatibilidad entre servir a Dios y al dinero**, de que toda riqueza es injusta y se convierte en un medio de dominación y de opresión de las minorías opulentas contra las mayorías populares. El apego a la riqueza es tan fuerte que las personas ricas no atienden a razones ni divinas ni humanas.

Jesús cuestiona las raíces materiales y religiosas –generalmente unidas- **de la exclusión** y luchó por erradicarlas. **Se pone del lado de los grupos marginados** social, política y religiosamente: publicanos, pecadores, prostitutas, personas enfermas, paganas, samaritanas y gente considerada “de mal vivir”. Era en su compañía como se encontraba más a gusto. Era compartiendo mesa con dichas personas como se sentía feliz.

Indignado con el poder político

La indignación de Jesús subió de tono en el enfrentamiento con los poderosos, a quienes acusó de **opresores**, y con la tiranía que imponía Roma a su pueblo. Precisamente la condena a muerte de Jesús, y muerte de cruz, dictada y ejecutada por la autoridad romana, fue la consecuencia lógica de la indignación con el poder político, a quien negaba legitimidad, y contra el Imperio, a quien consideraba invasor. El reino de Dios que él anunciaba constituía el mayor alegato contra el Imperio, como ya expuse en el capítulo dedicado al cristianismo contrahegemónico.

Jesús mantuvo **permanentes choques, directos o indirectos, con las autoridades políticas**. Conflictiva fue su relación con **Herodes Antipas**, quien asociaba a Jesús con Juan Bautista. Herodes temía que el pueblo, amotinado por el Bautista, se levantara contra él. Por eso mandó ejecutarlo. El mismo temor sentía hacia Jesús, a quien le llega un recado de que abandone el territorio de Tiberíades porque Herodes quería matarlo. Pero Jesús no se pliega ante la amenaza herodiana. Más bien **hace frente a Herodes llamándole “don nadie”** (Lc 13,32) y sigue su camino.

En un sistema teocrático, religión y política son inseparables. En el modelo imperial de dominación romana se daban conexiones estrechas entre las instituciones religiosas y las políticas. Uno de los **momentos de mayor tensión** en el enfrentamiento con los autoridades religiosas y políticas fue el de la actividad de Jesús

en torno al templo de Jerusalén, y más en concreto, **la escena de la -mal llamada- “purificación del templo”** (Mt 21,12-17; Mc 11,15-19; Lc 19.45-48).

Indignado con el patriarcado

Jesús mostró su indignación con la sociedad y la religión patriarcales de su tiempo. El cristianismo histórico ha mantenido oculta esa actitud durante muchos siglos, con más empeño incluso que las indignaciones antes descritas, ya que las iglesias cristianas han elaborado una cristología androcéntrica y se han configurado patriarcalmente. Tampoco la exégesis descubrió esa indignación ya que ha operado, hasta muy recientemente, con métodos histórico-críticos consciente o inconscientemente misóginos.

Jesús denunció las múltiples marginaciones a las que eran sometidas las mujeres por la religión y la política, **se opuso a las leyes que las discriminaban** (lapidación por adulterio, libelo de repudio) **y las incorporó a su movimiento en igualdad** de condiciones que a los varones y con el mismo protagonismo, como expuse en el capítulo dedicado al cristianismo comunitario fraterno-sororal. El movimiento de Jesús comenzó precisamente en Galilea en el seno de un grupo de mujeres emancipadas del patriarcado, que lo acompañaron hasta el momento trágico de su crucifixión y fueron las primeras testigos de la experiencia de la Resurrección, que dio origen a la Iglesia cristiana. Fue en el movimiento de Jesús donde ellas recuperaron la dignidad que les negaba la religión oficial, la ciudadanía que les negaba el Imperio y la libertad que les negaban sus conciudadanos varones.

Indignado con Dios

Fue sin duda **la indignación más dolorosa**, la que más desgarró interior le provocó y la que puso a prueba su fe y su esperanza. Jesús se había dirigido a Dios con plena confianza y familiaridad llamándole cariñosamente Abba. Le experimentaba como una persona de quien podía fiarse plenamente. Dios era el centro de su vida, el horizonte de su proyecto liberador, el sentido de su existencia. Pero no el Dios lejano, sino el Dios de la esperanza, compasivo, abogado de la gente empobrecida. Nada había que lo separara de él.

Sin embargo, llegado el momento de la prueba y de la persecución en Getsemaní, **Jesús siente pavor, angustia, una profunda tristeza**, y vuelve a dirigirse a Dios con la misma confianza con que lo había hecho antes, para comunicarle el terrible trance por el que estaba pasando y la crisis de sentido que le rondaba. Es en ese momento en el que el conflicto con Dios se muestra en toda su radicalidad. **Le pide cuentas a Dios por no estar de su lado cuando le llega el agua al cuello.**

Estando en la cruz, le expresa su más profunda decepción y lanza un grito de protesta y de angustia: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34). Le pide cuentas por haberle abandonado. **La crisis de fe y de esperanza había tocado fondo.** En ese momento, al decir de Jürgen Moltmann, “sintió desesperación”.

Esa **es la gran paradoja del Dios cristiano**: cuando se le siente cerca, parece alejarse; cuando se recurre a él, da la impresión de que no escucha; cuando se le busca, parece que nunca se le encuentra. Y viceversa: habla en el silencio, acompaña en el camino sin ser visto. Es solidario en la distancia. Jesús también experimentó esa paradoja en su relación con Dios.

Estas manifestaciones de la indignación de Jesús de Nazaret a lo largo de su actividad pública con Dios, los poderes económicos, políticos, religiosos, patriarcales, y con quienes los detentaban **constituyen un desafío para los cristianos y cristianas de hoy, pero también para las ciudadanas y los ciudadanos indignados con causa.** Y no para sacralizar la lucha de los Indignados, sino para sumar fuerzas y razones a favor de la indignación contra las injusticias de nuestro mundo, generadas por la religión del mercado, que ha sometido a su tiranía a la religión, la política, la economía, la ética, y hasta la conciencia de no pocos ciudadanos y ciudadanas.

La convergencia de voces, manos, voluntades, utopías, proyectos emancipatorios y sueños “despiertos” puede liberar del fatalismo histórico, que atenaza hoy a la humanidad, y deja abierta la puerta a la esperanza de “otro mundo posible”. Porque no todo está perdido. ¡Hay alternativas! Y la indignación de Jesús y de sus seguidores y seguidoras puede contribuir a su búsqueda.

Conferencia pronunciada en el Foro Espiritualidad, Democracia y Ciudadanía. Guatemala- 21 de agosto de 2025



Los incendios y la falacia del Estado mínimo

Los incendios forestales se han convertido en una trágica y constante pesadilla de los veranos europeos. La situación en 2025 ha alcanzado niveles alarmantes, con cerca de una veintena de focos activos y más de 60.000 hectáreas calcinadas sólo en España. El patrón se repite cada año: fuego, evacuaciones, miedo, destrucción. Vidas humanas truncadas, patrimonio natural irremplazable reducido a cenizas y comunidades enteras forzadas a ver cómo su entorno desaparece sin remedio.

Aunque hay causas naturales, como el calentamiento global, en la gestación de esta catástrofe, ésta también es el resultado directo de una política deliberada, de un modelo económico y social que desmantela lo público en nombre de una supuesta eficiencia privada. El neoliberalismo, una doctrina defendida con fervor por los partidos de derecha, ha convertido la gestión del territorio, como tantos otros ámbitos, en una víctima más de la austeridad presupuestaria y del dogma del Estado mínimo. La presión política por rebajar impuestos, con las nefastas consecuencias que ello comporta, procede de una oposición de derechas en la que aumenta la pujanza de la extrema derecha, una fuerza que amplifica y radicaliza las exigencias de un modelo económico que privilegia a una minoría adinerada a costa del bienestar colectivo.

A esta presión interna se suma una nueva y peligrosa dimensión externa. Desde Estados Unidos, la Administración de Donald Trump insiste en que los países europeos, entre ellos España, aumenten considerablemente el gasto militar. Esta exigencia no sólo desvía recursos cruciales que podrían ser destinados a servicios esenciales y a la lucha contra el cambio climático, sino que también refuerza la agenda de la derecha neoliberal y de la extrema derecha. El aumento del gasto en defensa es otro factor importante que postula aún más recortes en sanidad, educación y, por supuesto, en la prevención y extinción de incendios.

Mientras, la realidad es tozuda. El cambio climático intensifica las olas de calor y seca la vegetación, creando un terreno fértil para el fuego. Y décadas de abandono del mundo rural han eliminado los cortafuegos naturales que antes ofrecían los cultivos, los pastos y la actividad humana sostenida. El éxodo de la población hacia las ciudades ha transformado campos abiertos en bosques densos y descontrolados, auténticos barriles de pólvora vegetales. Y no por casualidad, las zonas más devastadas por los incendios coinciden con las regiones más despobladas, como el noroeste peninsular.

Frente a esta situación, la respuesta debería ser clara: más medios, más inversión, más presencia pública. Pero los partidos que abrazan el neoliberalismo no están interesados en reforzar lo público. Al contrario, su obsesión por reducir impuestos a los más ricos y sus discursos manidos sobre la "libertad individual" tienden a debilitar sistemáticamente la capacidad del Estado para prevenir, gestionar y responder a catástrofes como esta. Esta política no es sólo irresponsable: es criminal. Cada recorte presupuestario a los servicios públicos tiene consecuencias concretas y devastadoras. La falta de personal y equipamiento en los equipos de extinción, la ausencia de planes integrales de prevención, la escasa formación de brigadas forestales, todo esto es el resultado de decisiones políticas conscientes. No es una cuestión técnica, sino ideológica.

Los defensores del neoliberalismo presentan el desmantelamiento del Estado como una modernización necesaria. Nos dicen que rebajar impuestos a los millonarios generará inversión y prosperidad. Pero la realidad es que esa riqueza prometida nunca llega a la mayoría. Lo que sí llega son hospitales colapsados, con largas listas de espera para intervenciones necesarias, escuelas infra-financiadas, alquileres imposibles de pagar, y bosques ardiendo sin control mientras los servicios de emergencia hacen lo que pueden con medios precarios.

Los incendios forestales son, en este contexto, sólo una cara más de una tragedia mayor: la del empobrecimiento deliberado de lo público en favor de intereses privados, una tragedia que la extrema derecha busca acelerar. La misma lógica que recorta en medios contra incendios es la que privatiza hospitales, convierte la educación en un negocio y trata la vivienda como un activo financiero en vez de como un derecho básico. El coste de un Estado ausente no es una abstracción ideológica. Es humo que asfixia, es tierra quemada, son familias que lo pierden todo. Es el precio de una política que privilegia a una minoría adinerada a costa del bienestar colectivo, con el empuje de la derecha y la extrema derecha.

Lo que necesitamos es justo lo contrario: un Estado fuerte, bien financiado y presente en todo el territorio. Un Estado capaz de planificar, intervenir, cuidar y proteger. Un Estado que no se someta a los dictados del mercado, sino que garantice la dignidad de sus ciudadanos y la sostenibilidad de sus territorios. Porque, sin lo público, todo arde.